



EUSKAL HERRIA  
EMBLEMÁTICA

ETOR-OSTOA



GEOGRAFÍA SIMBÓLICA  
CULTURA  
DE LOS ESPACIOS



# LA EVOLUCIÓN Y LA IDEALIZACIÓN DEL PAISAJE VASCO

*Miren Askasibar*

El paisaje es el resultado visible de la interacción entre las leyes de la naturaleza, que afectan de una forma u otra a todos los elementos que se ven en y desde la superficie terrestre; la acción humana, que lleva milenios transformando esta Tierra; y las mentes de las personas que la pueblan, que lanzan su mirada al paisaje en busca de señales, de hitos, de significados que van más allá de los aspectos meramente funcionales y utilitarios.

En este sentido, el paisaje vasco, o mejor dicho, el conjunto de los paisajes vascos, serían la expresión visible de la combinación de los siguientes factores:

- la evolución natural, que ha modelado las montañas y los valles, junto con los ríos que los atraviesan, ha esculpido la línea de costa, y ha provisto de condiciones diferentes para el establecimiento de la vegetación adecuada en cada lugar;
- la acción humana, que ha transformado el espacio a lo largo de la historia en función de su creciente capacidad para alterar el resultado de los dictados de la naturaleza, cambiando el aspecto y la forma de la superficie terrestre, creando pueblos y ciudades, construyendo una densa red de infraestructuras, extendiendo un tapiz de plantas a su servicio, en definitiva, dejando una profunda huella visible desde lugares lejanos y que en ocasiones puede perdurar durante milenios; y
- la proyección de una cultura común, la búsqueda de unas señas de identidad, de una serie de elementos de referencia que permitan a su vez la relación con lugares y épocas remotos.

## ■ ¿QUÉ ES EL PAISAJE?

El paisaje está compuesto por elementos involucrados en procesos que se extienden en varias dimensiones. Por una parte, el paisaje tiene una dimensión física, material, en la que el relieve o la geomorfología es su componente principal. El relieve constituye la matriz del paisaje, ya que es la base sobre la que se asientan los elementos y procesos que se dan en él. Los elementos, los factores y los procesos que acontecen en esta dimensión más prominente del paisaje pueden estudiarse de forma objetiva, y a menudo es posible cuantificarlos, medirlos. De esta manera, se puede representar el relieve en mapas; puede expresarse la acidez del suelo mediante su valor de pH y determinarse la composición de las rocas; es posible definir el número de ecosistemas presentes en un determinado paisaje y analizar los flujos que se establecen entre ellos; pueden contarse y medirse las superficies de las parcelas en las que se divide el territorio y catalogar los tipos de usos que las ocupan; o pueden enumerarse los colores del paisaje y definir sus longitudes de onda.

Sin embargo, aun cuando todos los mencionados son componentes del paisaje, el análisis del paisaje no se reduce a un estudio geológico, ni edáfico, ni botánico, ni ecológico, ni geográfico; ni tan siquiera a la suma de los conocimientos y resultados de todas estas ciencias y otras disciplinas más, en lo que podría constituir un estudio territorial. El paisaje refleja la interacción entre estos componentes y las personas, empezando por la primera relación que tienen las personas con su entorno: la mirada. Esto nos lleva a la

segunda dimensión del paisaje, que es la dimensión subjetiva y cultural.

La percepción visual no es un acto pasivo. Las personas interpretan aquello que se les presenta a la vista valiéndose de su experiencia, sus recuerdos, sus conocimientos, sus aficiones, su modo de vida, su cultura en definitiva, para crear en su mente un paisaje que supere la suma de todos esos componentes de naturaleza objetiva que constituyen el aspecto más tangible del paisaje. Mediante la percepción, las personas adjudican valores a los paisajes, en representación de los vínculos, tanto colectivos como individuales, que establecen con su entorno (vínculos y valores emocionales, afectivos, de identidad y pertenencia, estéticos, simbólicos, espirituales, etc.). Entre estos valores, hay algunos cuantificables, como el valor económico, pero la mayoría son difíciles o imposibles de cuantificar. Este proceso de establecimiento de vínculos con los paisajes y de adjudicación de valores a los mismos es tan antiguo como el ser humano y es, además, incesante, con la particularidad de que muchos de los valores y vínculos pueden ser transmitidos a lo largo de generaciones.

La creación de los paisajes simbólicos o icónicos surge precisamente de este proceso de adjudicación de valores y establecimiento de vínculos con el entorno. Cuando los valores y vínculos establecidos con un paisaje en particular son un patrimonio común de una población o una sociedad, ésta los adopta como parte de sus señas de identidad, y pasan a formar parte del legado cultural que sus miembros comparten.

Al no resultar fácil expresar estos componentes más etéreos de forma numéri-

ca, la dimensión subjetiva y cultural no se presta a la utilización de las metodologías propias de las ciencias que estudian los integrantes formales del paisaje. Este hecho no constituye un obstáculo insalvable cuando el fin del estudio de los paisajes es su conocimiento, pero cuando se quiere utilizar el análisis del paisaje como herramienta para otros fines, como la ordenación territorial, o la conservación del patrimonio natural y cultural, resulta difícil incorporar esta dimensión subjetiva, por lo que a menudo suele ser ignorada. Por ello, uno de los mayores retos del estudio del paisaje aplicado a la ordenación territorial y la protección del patrimonio reside en objetivar estos aspectos culturales del paisaje, para poder así incorporarlos a la dimensión más estudiada, que es la formal.

A su vez, el paisaje tiene una dimensión temporal. Por una parte, esa naturaleza objetiva del paisaje a la que hacíamos alusión al principio cambia a lo largo del tiempo, a veces en espacios de tiempo tan breves como un solo día, pues cambian sus colores, cambian sus sonidos, y cambia el flujo de los elementos que se interponen ante el observador. Por otra parte, la dimensión subjetiva que le añade quien lo contempla también cambia con el tiempo, ya que van cambiando las experiencias en las que se basa la interpretación del paisaje a lo largo de la vida de una sola persona, no digamos ya de una generación, o de una sociedad. Existen otros cambios, por el contrario, en especial los que afectan al modelado del relieve, que están activos durante miles de años. Sin embargo, la dimensión temporal del paisaje se refleja sobre todo en su capacidad de acumular información sobre la relación entre los seres humanos y su entorno, tanto sobre la que se dio en el pasado, como sobre la relación presente, y sobre algunos de los factores que condicionarán la relación en el futuro.

En este sentido, estableciendo una analogía, puede decirse que el paisaje es un libro que, mediante su lectura, ayuda a comprender la actitud de las personas respecto al medio que las rodea a lo largo del tiempo. Mientras la humanidad ha disfrutado de una capacidad tecnológica restringida, y los grupos humanos han constituido unidades más limitadas y aisladas que en la actualidad, este libro del paisaje ha sido escrito mediante la transformación de las "páginas" precedentes, faltando, a lo sumo, unas pocas cuya ausencia no entorpece la comprensión de la trama al lector instruido. Sin embargo, durante el último siglo muchos paisajes han sufrido cambios bruscos, y también han surgido nuevos paisajes. En consecuencia, se han perdido capítulos enteros de este libro que guarda el paisaje, llegando en ocasiones a no permanecer sino unas pocas páginas inconexas que se convierten en una anécdota. Este proceso de destrucción del paisaje es paralelo al desarro-

llo de la capacidad tecnológica, al debilitamiento de la dimensión subjetiva del paisaje, y a su estandarización.

Enlazando con esta última idea, cabe señalar que el paisaje tiene una característica de retroalimentación o "feedback", ya que además de reflejar la relación de las personas con su entorno, tiene una marcada influencia sobre esta relación, de forma que a medida que se debilita la dimensión temporal y causal del paisaje, también se apaga el aspecto subjetivo que le añaden las personas; es decir, a medida que se simplifica el paisaje y disminuye la información que contiene acerca de dónde vienen y hacia dónde van quienes lo habitan, éstos pierden la capacidad de interpretarlo y establecer vínculos con su entorno.

Por todo ello, puede decirse que, en general, los paisajes más valorados son aquellos donde los cambios de los usos del territorio ocurren a un ritmo adecuado a la capacidad de adaptación tanto del medio físico como de la población, observándose, en general, una pequeña proporción de procesos de sustitución brusca de los usos más modernos sobre los antiguos. Este tipo de procesos da lugar a paisajes ricos, en el sentido de que permiten apreciar la gradual transformación del paisaje para acomodar nuevos usos y necesidades sobre las estructuras existentes, adaptándolas y conservándolas en parte, sin por ello desdeñar soluciones innovadoras cuando la situación lo requiere.

El paisaje es percibido como un mosaico compuesto por unidades relativamente homogéneas que limitan entre sí. Además, en general pueden distinguirse una matriz que constituye el fondo o la base del paisaje, ocupando la parte más extensa, y las unidades de paisaje en forma de manchas que se insertan en esa matriz. Imaginemos que divisamos un paisaje desde la cima de una montaña, primero a simple vista, y después a través de unos prismáticos que nos permitan acercar la imagen; bien, pues aquello que utilizando la vista aparece como un conjunto de manchas en el que una pequeña población, un bosque o un prado pueden constituir una unidad de paisaje, al aplicar el "zoom" resultará que cada una de esas manchas perceptibles a una escala se desdobra en subunidades, por lo que en este "nuevo" paisaje cada uno de los barrios de la población será percibido como una unidad de paisaje diferente del resto, el bosque aparecerá ante nuestros ojos compuesto por una serie de rodales, y en el prado podrá percibirse claramente esa zona encharcada y cubierta de vegetación diferente del resto, que antes no era posible diferenciar de la unidad "prado".

Dicho de otra forma, la percepción de las unidades de paisaje depende de la escala, que permitirá apreciar una serie de rasgos diferenciales, de forma que a cierta escala el pueblo será percibido como una

unidad dentro de un paisaje más amplio, mientras que en una escala más fina de detalle constituirá la matriz del paisaje, en la que será posible diferenciar varias unidades. Por tanto, las unidades de paisaje son cada una de las manchas relativamente homogéneas que es posible percibir en el paisaje en una determinada escala.

Los paisajes son a su vez clasificados en tipos, fundamentalmente en función de los aspectos más tangibles, como los usos, las formaciones o los ecosistemas predominantes en los mismos, es decir, según la naturaleza de su matriz, así como basándose en razones funcionales y causales. De este modo, se pueden distinguir los paisajes urbanos, los paisajes forestales, los paisajes industriales, los paisajes agrícolas, los paisajes de ribera, los paisajes de karst, etc.

## ■ EL ESTUDIO DEL PAISAJE

El análisis del paisaje se hace, principalmente, desde dos puntos de partida diferentes:

- tomando en cuenta el paisaje en su dimensión territorial, como realidad física fruto de la interacción entre la actividad humana y la naturaleza, así como expresión visible de una serie de factores y procesos subyacentes no tan fáciles de aprehender; y
- considerando al paisaje como una construcción mental, que surge de la interpretación que las personas hacen de su entorno, enfoque este que nos lleva directamente a las cuestiones relacionadas con la percepción, la apreciación estética del paisaje y su valoración.

Estos dos enfoques no son en absoluto excluyentes; es más, todo esfuerzo para abordar un análisis integral del paisaje obliga necesariamente a tomar en cuenta a los dos. En general, puede decirse que el primero de los enfoques predomina en los intentos, todavía no suficientemente abundantes, de abordar seriamente el paisaje en la ordenación del territorio y de los recursos ambientales. Esto es debido, por una parte, a que este enfoque territorial se apoya en la utilización de información ya existente para el análisis del paisaje (la cartografía temática y los estudios del medio físico, por ejemplo), y también porque de esta forma el paisaje se convierte en un factor fácilmente asimilable al resto de variables que integran la matriz o ecuación que enfrenta los costos y los beneficios económicos, sociales y ambientales de las políticas territoriales y los proyectos concretos en los que éstas se materializan.

El segundo enfoque, por el contrario, suele a menudo ser secundario, o minoritario en su uso, precisamente porque no cuenta con las ventajas del primero. Sin embargo, esta toma en consideración del paisaje más intuitiva, más difícil de obje-

# PAISAJE ATLÁNTICO

---



*Entorno y piedemonte del Txindoki (Larrunarri) del macizo de Aralar.*

*El caserío y las montañas son los dos elementos principales de los paisajes atlánticos los que les confieren el rango de paisajes emblemáticos vascos por antonomasia, el primero debido a que el modo de vida rural es percibido como depositario de la esencia de la cultura vasca, y las segundas por su condición de lugar de origen espiritual desde antaño.*

*El caserío, con su edificación principal, el resto de las construcciones ligadas al mismo, las tierras y sus cultivos, junto con los caminos de acceso, los muros, los cercados, los setos y otros elementos conforman un paisaje en mosaico que aporta gran riqueza y dinamismo a los paisajes en la vertiente atlántica.*

*El caserío con sus predios agrícolas y con sus praderas que alternan con bosquetes en sus linderos. El trabajo paciente y tenaz de muchas vidas enlazadas han transformado y organizado el paisaje y lo han hecho habitable por el hombre, lo han humanizado.*



*Paisaje del interior del Domo de Ataun.*

*Caserío en Oñati.*



*Paisaje rural en Bizkaia.*



tivar, ofrece mejores resultados en las distancias cortas, sobre todo, en aquellos casos en los que el paisaje sea contemplado "desde dentro", es decir, en los estudios y las actuaciones en la escala local.

#### A) PAISAJE-TERRITORIO

El concepto de paisaje tenido en cuenta como una porción del territorio ha sufrido una evolución, desde una primera asimilación con el paisaje natural, rechazando la acción humana y sus consecuencias, hasta el reconocimiento de que el paisaje constituye un sistema en el que el hombre es uno más de los elementos, probablemente el que mayor capacidad tiene de alterarlo.

Desde la geografía física, el paisaje, entendido como paisaje natural, se identifica con el territorio, que debido a la acción uniformadora del hombre pierde sus características naturales y "se hace sinónimo de aspecto de una porción del terreno, comarca o región" (Hernández Pacheco 1934). En esta visión del paisaje, el paisaje es la realidad física del territorio, y viene definido por el clima, el relieve, y la geología, de los que a su vez dependen la fauna y los demás elementos accesorios del paisaje. Este concepto de paisaje está ligado al paisaje natural, que puede ser objeto de estudio, pero que incluye unas connotaciones emocionales y estéticas importantes, y la acción del hombre sobre el mismo es negativa.

También desde la geografía física, se desarrolla el concepto de geosistema, análogo al ecosistema y definido por primera vez por Sochava, que consiste en un modelo teórico aplicable al análisis de todo tipo de paisajes, y se establece una taxonomía. María de Bolós (1992) realiza una revisión exhaustiva de los fundamentos teóricos del estudio del paisaje desde la geografía física, así como de las principales escuelas existentes y los autores que mejor las representan, en la primera sección de su obra.

Existe otra visión, ligada a la geografía humana, que parte de la constatación de que en algunos casos el paisaje es consecuencia directa de la actividad humana. Bajo este punto de vista, las ciudades constituyen paisajes de la misma forma que los espacios naturales son paisajes, y de hecho el aspecto más interesante del paisaje es su capacidad para reflejar y suministrar información acerca de las personas, las sociedades, y las culturas que los originan y los mantienen (Lewis 1979).

La solución a la dicotomía paisaje natural-paisaje cultural nos lleva a la consideración global e integradora del paisaje (Ramos 1979), más ligada a la visión de la ecología esta vez. Desde este punto de vista, el paisaje es un sistema, del que el hombre forma parte, y el análisis de sus diferentes componentes (relieve, clima, vegetación, agua, usos del suelo, etc.) no se hace de forma aislada, sino que de he-

cho la interacción entre los diversos componentes y su función como expresión de los sistemas y procesos subyacentes, constituye el aspecto más interesante del estudio de los paisajes.

González Bernáldez (1981) relaciona al fenosistema, la parte perceptible del paisaje, con el criptosistema, el sistema oculto que subyace y el ojo no percibe. Por tanto, la forma, el aspecto del paisaje, constituye un indicador de la función, de los factores causales del paisaje, y la interpretación del fenosistema permite conocer y comprender el funcionamiento del criptosistema.

En lo que se refiere a la determinación de la unidad básica del paisaje, se opta en esta visión del paisaje más ligada a la ecología por la unidad ambiental, consistente en una porción de terreno que responde uniformemente ante una acción exterior (Ramos 1979). La unidad ambiental, a diferencia del ecosistema, no es necesariamente homogénea internamente. Por tanto, desde la visión de la ecología del paisaje, el paisaje queda definido como "un espacio heterogéneo compuesto por un conjunto de ecosistemas en interrelación, que se repiten de forma similar a lo largo del mismo" (Forman y Godron 1986). La ecología del paisaje se ha ido fortaleciendo desde que Forman y Godron publicaran su libro sentando los principios, y recientemente Forman (1995) ha realizado un amplio repaso a la situación actual de la ecología de los paisajes y las regiones.

Los diferentes enfoques que consideran el paisaje como parte del territorio lo hacen desde el exterior, a vista de pájaro, tal como recoge Meinig (1979) de Jackson: "Es desde el aire desde donde se revela por primera vez con claridad la verdadera relación entre el paisaje natural y el humano". Por tanto, estas visiones del paisaje se apoyan en la existencia de la cartografía temática (geomorfología, vegetación y usos del suelo, principalmente), y tienen a su vez expresión cartográfica.

#### B) PAISAJE-PERCEPCIÓN

Además de las visiones del paisaje desde el exterior, existe otra aproximación al paisaje que lo estudia como una construcción mental que surge cuando el hombre interpreta el medio que lo rodea a través, principalmente, del sentido de la vista, y basándose en su experiencia personal y la cultura de la que participa. Según este punto de vista, existirían tantos paisajes como espectadores que lo interpretan, por lo que se suma la variabilidad introducida por el espectador, que interpreta la escena contemplada, a la variabilidad espacial y temporal del paisaje que se analiza en el paisaje-territorio (Ramos 1986). El concepto de variabilidad, tanto espacial como temporal del paisaje es uno de sus rasgos más característicos, y la acción humana es en gran parte responsable de esa

heterogeneidad. Este enfoque en el estudio del paisaje nos lleva a la apreciación estética del paisaje, en la que se busca respuesta a cuestiones tales como si la belleza de un paisaje es un término absoluto, o si pueden establecerse normas o reglas en la percepción de los paisajes.

El paisaje en este caso se analiza desde el terreno, por lo que su expresión corresponde a un volumen, y no a un plano. Esto nos lleva a la definición de la cuenca visual, que constituye la unidad básica del estudio del paisaje en este segundo enfoque, (Escribano et al. 1989): "la zona visible desde un punto o conjunto de puntos". Esta visión del paisaje está ligada a conceptos como la calidad del paisaje, la fragilidad y vulnerabilidad visual, sobre todo en lo que se refiere a la función social del paisaje, de ahí que el estudio de los mecanismos que rigen la percepción sea uno de sus aspectos centrales. Los fundamentos de este enfoque llevan ya décadas asentados (Smardon 1979; Litton 1968; Smardon et al. 1983, por ejemplo), y han dado lugar a numerosos estudios desde la psicología ambiental, la ecología o la geografía.

#### ■ ALGUNOS PAISAJES VASCOS EMBLEMÁTICOS

La cultura vasca se relaciona a menudo con ciertos tipos de paisaje, e incluso con algunos lugares concretos, que aparecen representados como paisajes prototípicos vascos en diversas obras gráficas, en la música y en documentos escritos que nos rodean en nuestra vida cotidiana. Queda más allá de los objetivos de este pequeño trabajo un análisis exhaustivo de los paisajes que vienen siendo relacionados con la esencia de lo vasco, en caso de que ésta existiera, pero pueden establecerse ciertas afirmaciones desde la simple observación de cuáles son algunos de los paisajes que aparecen reflejados en un número mayor de ocasiones.

En primer lugar, resulta quizá sintomático constatar que el paisaje vasco cantábrico parece ser considerado el corazón de la identidad vasca, desde el que emana la esencia de esta cultura; de ahí que el paisaje del caserío inspire tantas manifestaciones del arte vasco en pinturas, canciones, obras literarias, etc. Por tanto, al menos hasta cierto punto los paisajes emblemáticos vascos parecen dar la espalda al mundo mediterráneo de extensas llanuras y tonos ocres en favor de los relieves alomados y los innumerables matices verdes del paisaje rural cantábrico.

Otro de los elementos centrales del simbolismo en el paisaje vasco es la montaña, a la que la cultura vasca queda ligada desde la prehistoria, como tendremos ocasión de comprobar. El vínculo con la montaña es una de las señas de identidad de la sociedad vasca aun hoy, siendo éste un fenómeno que no se ha dado en la

misma medida con otro medio de vida como es el mar, por ejemplo, a pesar de que este último es también un elemento importante en la geografía, al cultura y el modo de vida de la población vasca.

Desde el punto de vista de la historia, la evolución del paisaje cultural vasco se inicia cuando la influencia humana en el medio natural comienza a ser tangible, es decir, durante el Neolítico (5.000-2.500 BC) y el Eneolítico (2.500-1.700 BC).

Los descubrimientos de la agricultura y la domesticación de animales del Neolítico dan lugar al establecimiento de la economía pastoral durante el Eneolítico, que deja su huella en el paisaje en forma de megalitismo, presente en mayor medida en el piso montano (dólmenes de montaña, que en el colino (dólmenes de valle). La evidencia de este fenómeno ha perdurado hasta nuestros días, de forma que más de 800 dólmenes han sido catalogados en el País Vasco, muchos de ellos localizados en las sierras meridionales de Gipuzkoa y en sus relieves intermedios y del prelitoral.

Autores como Andrés (1990) sostienen que la predominancia de los dólmenes de montaña frente a los de valle refleja el cambio económico ocurrido entre el Mesolítico y el Neolítico, cuando el piso montano fue abandonado como lugar de ocupación, pero fue mantenido como lugar de origen espiritual del grupo. De ser así, este constituiría el primer paisaje simbólico o icónico en el territorio que ahora conocemos como Euskal Herria, consistente en cimas y collados situados en puntos estratégicos, desprovistos de vegetación arbolada en muchos casos, y, por tanto, visibles desde los nuevos lugares de asentamiento en el piso colino. Este esquema se repite en otros monumentos megalíticos, como los cromlech. En consecuencia, puede afirmarse que el vínculo de los vascos con los paisajes de montaña podría haberse establecido ya en épocas remotas, mediante estos paisajes del megalitismo.

Este tipo de paisaje se conserva en la actualidad, constituyendo por ello un paisaje vestigial. En general, puede decirse que los paisajes vestigiales o relictivos se conservan a lo largo del tiempo gracias a dos tipos de procesos:

- se conserva la forma, el aspecto del paisaje, precisamente porque se mantiene la función del paisaje y sus elementos a lo largo del tiempo; o
- se mantienen los elementos característicos del paisaje, tanto los elementos estructurales como los singulares, pero adaptándose a una nueva función, debido a que la función original desaparece.

El primero de los procesos se da en un número relativamente escaso de ocasiones, sobre todo en el caso de territorios tan intensamente humanizados y donde

exista un dinamismo tan acusado en la evolución de los usos del suelo como en Euskal Herria. Sin embargo, puede afirmarse que cuando las funciones y los usos del paisaje se mantienen a lo largo del tiempo, la conservación del aspecto del paisaje ocurre espontáneamente, sin que exista necesariamente un deseo expreso de mantener una determinada imagen. Este sería el caso, por ejemplo, de los pequeños reductos donde se ha mantenido alguna actividad relacionada con el sector primario llevada a cabo de manera tradicional, donde simplemente debido al mantenimiento de los usos el paisaje ha permanecido inalterado hasta nuestros días.

Por el contrario, cuando cambian la función o los usos de un territorio, estas transformaciones suelen tener un claro reflejo en el paisaje en el que se asientan, y el aspecto de este paisaje se conserva sólo cuando existe una voluntad expresa de acomodar los nuevos cambios en las estructuras existentes. Este es un procedimiento bastante extendido en la práctica de la conservación del patrimonio arquitectónico, histórico y artístico, mediante el cual el resultado puede ser que un antiguo molino se convierta en museo etnográfico, o una casa torre en biblioteca municipal. Es indudable que una edificación de nueva planta diseñada específicamente para albergar esos nuevos usos ofrecería mayor comodidad a los usuarios y supondría un coste menor que la rehabilitación de la antigua edificación, pero la sociedad actual reconoce en esos elementos patrimoniales una serie de valores estéticos, identitarios, simbólicos, culturales y afectivos que compensan con creces los costes económicos que es necesario afrontar para que su conservación haga posible disfrutar de ellos en la actualidad, y que queden como legado para las generaciones futuras.

En el caso del paisaje del megalitismo al que se aludía unas líneas más arriba, puede decirse que tanto la forma como la función de este tipo de paisaje relictivo han sido mantenidas desde que fue modelado hace miles de años hasta nuestros días, ya que no hay más que comprobar la abundancia de referencias al megalitismo en publicaciones y expresiones artísticas acerca de la esencia de la cultura vasca para confirmar que este paisaje sigue siendo considerado su «lugar de origen espiritual».

Otro de los usos ligados al paisaje del megalitismo es el pastoril, que se asentó en los macizos vascos ya en la prehistoria. Gran parte de los paisajes ligados al megalitismo se localizan en las sierras de Aralar y Aizkorri, cuyos paisajes han sido modelados por el uso pastoril desde tiempos remotos. Este uso pastoril fue reforzado por la creación de las Parzonerías y las Uniones, constituidas en el medievo alrededor del uso estacional de estos prados de altura por parte del ganado ovino,

predominantemente de raza «latxa». Este paisaje abierto, de extensos prados de diente, que ocupa miles de hectáreas, tiene asegurada su permanencia en el futuro gracias, en gran medida, al establecimiento en 1985 del estándar racial de la oveja «latxa» y a la creación de la Denominación de Origen Idiazabal para el queso fabricado con leche de oveja «latxa» en 1987. Resulta curioso constatar que una iniciativa que en principio parece ajena a los objetivos de conservación del paisaje, como la creación de una Denominación de Origen y la determinación de un estándar racial, pueda influir de tal manera en el futuro de un tipo de paisaje, como ocurre en este caso. Este es, por tanto, un paisaje vestigial que ha conservado su forma mediante el mantenimiento de sus funciones, en este caso una ligada al simbolismo y la identidad, y otra, al pastoril, de carácter más práctico.

El paisaje pastoril se asienta sobre los grandes macizos prácticamente deforestados en sus zonas de cumbre, en los que destacan las majadas de pastores compuestas por una o más *txabolas* de una única planta, con sus cercados de piedra y un buen número de fresnos plantados en sus inmediaciones para ofrecer sombra y pasto al ganado durante su uso en la época estival.

Otro tipo fundamental de paisaje relacionado con la esencia de lo vasco es el paisaje rural, y entre los paisajes rurales, que en Euskal Herria presentan aspectos muy variados, resulta especialmente emblemático el paisaje del caserío, creado por la formación del agrosistema vasco-cantábrico. Entre los elementos estructurales del paisaje rural destacan los asentamientos, que en el paisaje de la geografía vasca atlántica, se dividen en núcleos rurales y caseríos.

El paisaje rural de Euskal Herria en su vertiente cantábrica se articula en torno al caserío y la forma de vida que representa, siendo éste el elemento que lo define. El caserío, con su edificación principal, las construcciones ligadas al mismo (hórreos, hornos, pozos, etc.), las tierras, junto con los caminos de acceso, muros, cercados, setos y otras estructuras, conforman un paisaje en mosaico claramente distinguible tanto del medio urbano como de la montaña.

El agrosistema vasco-cantábrico se desarrolla entre los siglos XIV y XVI, cuando la presión demográfica, la restauración de la paz, y una cierta prosperidad económica dan pie a la dispersión de la población, con la creación del caserío (ver Goikoetxea 1989 o Ugarte 1986), que alcanza cotas que en general no superan los 500 msm. Esta zona en la que se instala el caserío corresponde a los relieves más suaves del terreno, es decir, a los fondos de valle, las laderas más o menos pronunciadas, y los resaltes ondulados.

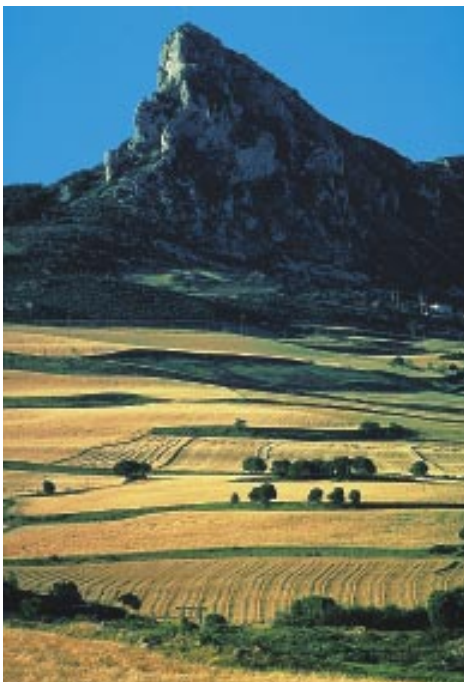


*El Ebro en la Rioja*

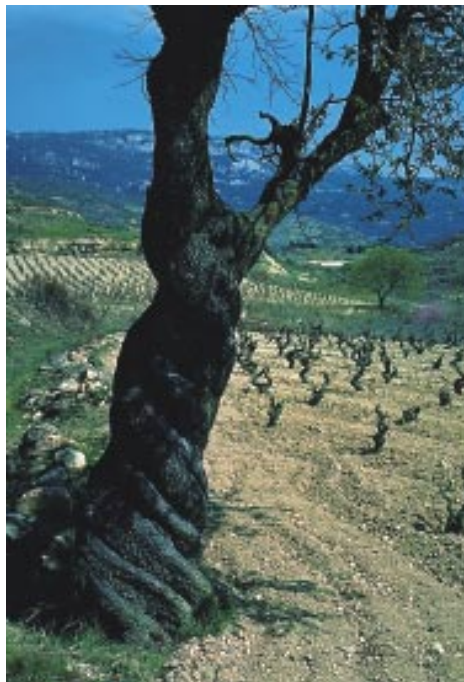


*Cultivos en la Llanada alavesa*

*Campos de trigo al pie de Pico Lapoblación*



*Olivos, vid y almendros.*





# PAISAJE MEDITERRÁNEO

---



*Paisaje de las Bardenas Reales*

*Euskal Herria constituye una de las regiones que mayor diversidad de paisajes presenta en el conjunto de Europa, al estar situada sobre la transición entre el mundo atlántico y el mediterráneo, haciendo posible disfrutar de paisajes tan singulares y distintos como los verdes prados atlánticos y las Bardenas Reales en el transcurso de un solo día.*

El caserío estructura el paisaje sobre todo desde la distribución de sus construcciones y tierras. Entre las construcciones encontramos una edificación principal, el caserío, que puede tener una serie de construcciones anexas o cercanas (muros y cercados, abrevadero, lavadero, horno de pan, cabaña para los aperos, etc.), y al que se accede por un camino. Las tierras del caserío, en general entre 2 y 10 hectáreas (ver Goikoetxea 1990), toman una distribución circular, con la huerta y cultivos cerca de la casa, los prados y frutales algo más alejados, y los prados de siega y terrenos arbolados aún más lejos (García Fernández 1975). También son elementos singulares del paisaje rural algunas estructuras derivadas de la actividad agrícola, como los almiaros (*meta*), tanto de hierba como de helecho, y que tienden a desaparecer en la actualidad.

Cuando en la segunda mitad de este siglo se generaliza la Agricultura a Tiempo Parcial, son las tierras más alejadas de la casa y con menor potencial agrícola las dedicadas a plantaciones forestales, principalmente de pino insignis (*Pinus radiata*) y eucalipto (*Eucalyptus globulus*).

El paisaje rural es estructurado por otra serie de elementos relacionados con las actividades antrópicas que se desarrollan en el mismo. Por ejemplo, entre los elementos cuya función es el cierre de parcelas de terreno, destacan en el paisaje rural tradicional los muros, cercados y setos vivos, que son los responsables de formar una retícula que divide las parcelas de terreno dedicadas a diferentes usos.

Los muros de piedra han sido tradicionalmente construidos utilizando materiales locales; de ahí que, en el caso de zonas de las que se extraiga piedra de color o textura características, los muros de piedra constituyan un elemento importante de la identidad local.

Los setos vivos han sufrido una fuerte regresión en el paisaje rural, en parte porque dificultan la mecanización de las labores agrícolas. Los setos vivos a menudo incluyen árboles, y muchas veces son estos los únicos vestigios que permanecen en el paisaje tras la desaparición de un seto. Además de aportar a la estructura del paisaje, los setos tienen una función ecológica de gran importancia, al ser hábitat, corredor, y refugio para numerosas especies animales y vegetales.

Entre los elementos estructurales del paisaje rural se incluye también a los caminos. Estos caminos rurales eran en origen carreteras, es decir, caminos para carretas, que han sido en ocasiones ensanchados para dar cabida a los tractores y demás automóviles. Los caseríos y núcleos rurales están de esta forma conectados entre sí y con sus tierras mediante una extensa malla de caminos.

Entre los elementos que, aun sin articular el paisaje del caserío, contribuyen a conferirle una identidad singular, tienen

gran importancia las edificaciones ligadas al caserío y a los núcleos rurales, como las cabañas para aperos, los abrevaderos, los lavaderos, los hórreos, los hornos de pan, los hornos de cal, las fuentes y los pozos. Otros elementos de importancia son las ermitas, las bordas y los puentes.

Al igual que los setos y muros, estos elementos suelen estar construidos con materiales locales y siguiendo los principios de la arquitectura rural, por lo que en algunos casos tienen características que los hacen diferentes de comarca a comarca.

Como norma, puede decirse que estas construcciones tradicionales del paisaje rural vasco más emblemático siguen este modelo o patrón:

- Material: piedra, madera, tierra, teja y, ocasionalmente, hierro.
- Forma: aun cuando las construcciones tienen formas geométricas regulares, los materiales como la piedra a menudo tienen forma y disposición irregular.
- Escala: predomina la escala humana.
- Color: dominan los tonos pardos, ocres y verdes, escaseando los colores saturados y primarios (amarillo, rojo y azul).

Por oposición, se relaciona el siguiente modelo o patrón con el paisaje urbano, de ahí que cuando los materiales, formas, escalas y colores que se detallan a continuación aparecen en el paisaje del caserío alteren su percepción:

- Material: plástico, cristal, acero, hormigón.
- Forma: geométrica regular, simplificada.
- Escala: mayor que la humana.
- Color: negro, blanco, gris, colores brillantes y primarios.

## ■ EL FUTURO DE LOS PAISAJES EMBLEMÁTICOS VASCOS

Durante las últimas décadas se ha constatado un marcado aumento, en el conjunto de las poblaciones europeas, del deseo y la necesidad de fijar una serie de puntos de referencia culturales e identitarios cercanos al ciudadano, quizá en parte para que le permitan afrontar la progresiva europeización, la gradual desaparición de las fronteras, la creciente movilidad geográfica, el aumento del mestizaje cultural, y los fenómenos globalizados como la implantación de la red mundial Internet, sin que los ciudadanos sufran la sensación de estar a la deriva en un océano desconocido. Este hecho, junto con la importancia que han adquirido los problemas y las inquietudes ambientales, ha traído consigo el desarrollo de diversas iniciativas y políticas de conservación de los paisajes.

Esta vuelta a los orígenes en busca de unas señas de identidad no sólo se traduce en la valoración, la conservación e, incluso, la sacralización de una serie de lu-

gares, sino que se extiende a la dimensión temporal y se establece una búsqueda de las coordenadas temporales correspondientes al momento histórico que le toca vivir a esta sociedad, al tiempo que el rechazo o el vértigo que producen ciertos cambios bruscos en el modo de vida y su reflejo en el paisaje circundante provocan una nostálgica mirada al pasado y un deseo de tender puentes hacia él.

Desde el punto de vista de paisaje, todo esto se traduce en una compleja serie de procesos, en ocasiones antagónicos entre sí. Por ejemplo, por una parte se está extendiendo un modelo de poblamiento de baja densidad en las periferias urbanas de Euskal Herria en forma de conjuntos de viviendas unifamiliares, que algunos achacarán a la adopción de un modelo alóctono fruto de un nefasto proceso de aculturación y estandarización, y otros en cambio lo verán simplemente como uno más de los beneficios de vivir en la aldea global, donde es posible conocer cómo viven nuestros vecinos y adoptar aquellas ventajas o cualidades que más nos agradan en ellos. Por otro lado, se ensalzan al caserío, el modelo de poblamiento de baja densidad propio del agrosistema vasco-cantábrico, que ha producido uno de los tipos de paisaje más emblemáticos en el ámbito vasco, y al modo de vida rural que lleva parejo, se crean museos para que los ciudadanos puedan conocerlos, se restauran junto con los molinos y ferrerías, y se los pone en funcionamiento. Este tipo de incongruencias, en ocasiones anecdóticas y otras veces de gran magnitud, ponen de manifiesto que existe una clara diferencia entre el paisaje real de Euskal Herria, y su paisaje idealizado, entre lo que es y aquello que quisiera ser, y este es precisamente el origen de los paisajes simbólicos vascos.

En cuanto al futuro, la clave de la conservación de las señas de identidad paisajísticas está probablemente en la escala local, pues es este el nivel de actuación más cercano a las personas, a la vez que supone su punto de referencia espacial más cercano y con el que resulta más fácil identificarse. Por ello, hacemos nuestro a modo de conclusión el título de una publicación que habla de las expectativas que se abren para los paisajes europeos, donde el objetivo debiera consistir en conseguir "paisajes de pequeña escala en la Europa a gran escala" (de Regt 1989).

## ■ BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉS, M.T. 1990. El Fenómeno Dolménico en el País Vasco, *MUNIBE (Antropología-Arkeología)* 42: 141-152. Donostia: Sociedad de Ciencias Aranzadi.
- DE BOLÓS, M. 1992. *Manual de Ciencia del Paisaje. Teoría, métodos y aplicaciones*. Barcelona: Masson, SA.
- DE REGT, A.L. 1989. *Small-scale Landscape in a Large-scale Europe*. La Haya:

- Ministry of Housing, Physical Planning and Environment, Department for Information and International Relations.
- ESCRIBANO, M.M., M de frutos, E Iglesias, C Mataix, I Torrecilla. 1989. *El Paisaje*. Madrid: MOPU.
- FORMAN, RTT, y M GODRON. 1986. *Landscape Ecology*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- FORMAN, RTT. 1995. *Land Mosaics. The ecology of landscapes and regions*. Nueva York: Cambridge University Press.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. 1975. Organización del espacio y Economía Rural en la España Atlántica. Madrid: Siglo XXI.
- GOIKOETXEA, I. 1989. Evolución del Caserío. En *Ibaiak eta Haranak Vol.1, El Agua, el Río y los Espacios Agrícola, Industrial y Urbano*, ed. E. Ayerbe, 237-254. Donostia: ETOR.
- GOIKOETXEA, I. 1990. Caserío y Territorio: el caserío organizador territorial de los valles atlánticos. En *Ibaiak eta Haranak Vol.3, El Agua, el Río y los Espacios Agrícola, Industrial y Urbano*, ed. E. Ayerbe, 273-281. Donostia: ETOR.
- GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, F. 1981. *Ecología y Paisaje*. Madrid: Blume.
- HERNÁNDEZ PACHECO, E. 1934. El paisaje en general y las características del paisaje hispano. *Discurso* leído en la sesión inaugural del curso 1934-35. Real Academia de las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Madrid.
- LEWIS, PF. 1979. Axioms for Reading the Landscape. En DW Meinig (Ed). *The interpretation of ordinary landscapes*. Nueva York: Oxford University Press.
- LITTON, RB. 1968. *Forest Landscape Description and Inventories: a basis for planning and design*. USDA Forest Service. Research Paper PSW 49.
- MEINIG, DW. 1979. Reading the Landscape. An appreciation of WG Hoskins and JB Jackson. En DW Meinig (Ed). *The interpretation of ordinary landscapes*. Nueva York: Oxford University Press.
- RAMOS, A. 1979. *Planificación Física y Ecología. Modelos y métodos*. Madrid: EMESA.
- SMARDON, RC, JE Palmer y JP Felleman (Eds). 1983. *Foundations for Visual Project Analysis*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- SMARDON, RC. 1979. *Prototype Visual Impact Assessment Manual*. Syracuse: State University of New York.
- UGARTE, F.M. 1986. Aspectos de la Transformación Histórica del Paisaje Natural por el Caserío Vasco-Cantábrico, algunos casos concretos de gestión del suelo en las cabeceras de los ríos Deba, Urola y Oria, *LURRALDE, Investigación y Espacio* 9: 191-224. Donostia: Instituto Geográfico Vasco «Andrés de Urdaneta» (INGEBA).

*Paisaje de Salinas de Leniz de Fernando Amarica.*

*En la pintura vasca hay una larga tradición paisajista. El arte representa el paisaje poetizándolo y dándole una dimensión simbólica.*





*Pasto de invierno en Zerain*

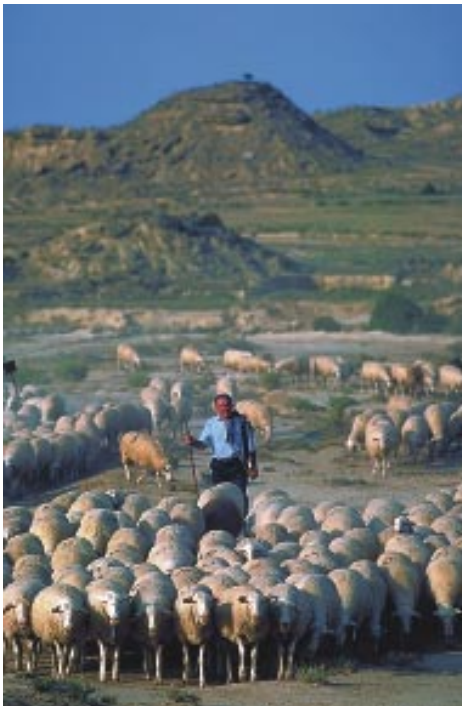


*Pasto de invierno al pie de Sierra Salvada*

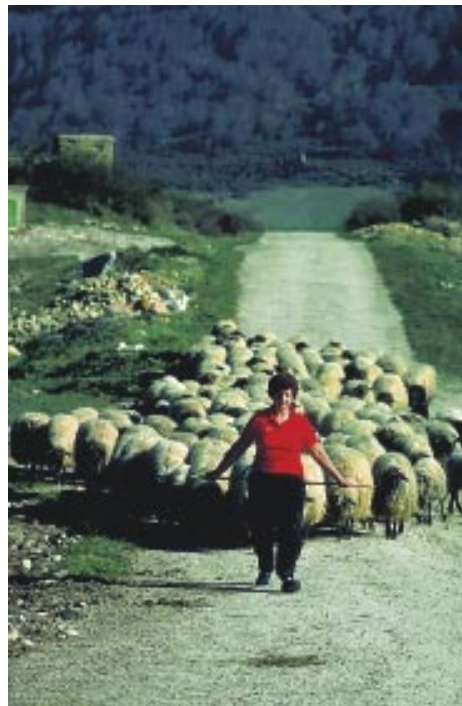


*Bordaldia en Zuberoa.*

*Rebaño en las Bardenas*



*Rebaño en la Llanada Alavesa*



*Pastos de montaña en Aizkorri*



# PAISAJES PASTORILES

---



*Majada pastoril en Aizkorri*

*Los paisajes atlánticos ligados al pastoreo se asientan sobre los grandes macizos prácticamente deforestados en sus zonas de cumbre, donde destacan las majadas de los pastores, con sus cercados de piedra y los fresnos plantados en las cercanías de las txabolas. En los paisajes pastoriles mediterráneos cobran un papel fundamental las vías pecuarias, que articulan el paisaje mediante las rutas de la trashumancia.*

## ***Paisaje pastoril pirenaico.***

*El sistema bordaldia en Garazi (Zuberoa) tiene una borda y su etxola tangencialmente a una pradera circular o subcircular. Tenemos probablemente aquí, "fossilizado", un modo de ocupación del espacio, una versión del saroi, del sel, kortia, kaiolar, etc. Las bordas así relacionadas con cercamientos cuasicirculares forman parte del paisaje de la montaña no sólo de Laburdi y Zuberoa, sino también de los Altos Pirineos, del Bearne y del Bigorre.*